

El correo

JULIÁN MARÍAS*

DETERIORO DEL CORREO

UNO de los hechos más notorios e inquietantes de los últimos años es el progresivo y al parecer incontenible deterioro del correo. Se inició hace ya bastante tiempo, en casi todos los países; se ha ido acentuando, aceleradamente en los últimos años; con desigualdad en los diferentes países; muy especialmente en el correo internacional. Es muy difícil precisar las fechas y el volumen de esa decadencia, pero no tanto indicar su figura, lo que nos puede permitir intentar comprender ese fenómeno.

Hace unos quince años, la situación de los servicios postales era todavía bastante satisfactoria. El correo de los Estados Unidos era un modelo de eficacia: transportaba todo género de envíos, desde las cartas hasta los más grandes paquetes de mercancías, con rapidez y seguridad. Llegaban a su destino cartas con direcciones deficientes; en algunos casos parecía imposible que con tan pocos datos o tantos errores alcanzaran a su destinatario. El correo italiano dejaba ya mucho que desear, y tenía frecuentes crisis que lo hacían siempre inseguro. Los restantes de Europa occidental eran adecuadamente eficaces. El español tenía una larga tradición de ejemplaridad y, por consiguiente, de prestigio. Se solía decir que las únicas cartas que no llegaban eran las que no se escribían, y aproximadamente era así. Los giros llegaban con tanta seguridad como puntualidad. Había en Madrid tres repartos diarios, uno los sábados; el domingo, el de correo urgente. Los impresos eran enviados a domicilio, en los últimos años mediante el pago de una modesta cantidad. En un país en que la mayoría de las personas escribían a mano, y muchas con mala letra y dudosa ortografía, los funcionarios de correos descifraban las direcciones más lamentables, y hacían que los envíos llegaran a su paradero.

RETRASOS

Todo esto ha pasado a la historia. No se puede contar con que los envíos lleguen —aunque normalmente lo hacen—; pero sobre todo es problemático el *cuándo*. Es frecuentísimo recibir convocatorias o invitaciones varios días después de su fecha, lo cual obliga a mandarlas con extraordinaria anticipación o por otros medios. Las recogidas en los buzones y los repartos han disminuido enormemente. Hasta en las grandes ciudades, las estafetas están cerradas toda la tarde, y no quedan más servicios que los del Correo central, para una enorme ciudad. Los impresos de más de 500 gramos no se envían a domicilio, sino que se han de recoger en la estafeta, una vez que se ha recibido —con gran retraso— un aviso.

* Valladolid, 1914. De la Real Academia Española. Miembro del Colegio Libre de Eméritos.

Hasta hace poco tiempo, en la estafeta más próxima; desde hace unos años no es así, y hay que ir a la que el Correo designa, y que puede estar muy lejos y con difíciles comunicaciones, lo cual supone una pérdida de tiempo que puede ser una hora o dos.

Con todo, el correo dentro de las ciudades o dentro de España existe; con grandes deficiencias, pero existe. A veces se duda: he recibido una carta de Madrid (de la plaza del Callao a la calle de Vallehermoso), con dirección impecable, incluida la zona postal, treinta y un días después de la fecha del matasellos, perfectamente legible. Es el ejemplo más ilustre, pero otros más modestos son constantes.

Lo más grave es lo que ocurre con el correo internacional por avión. Los vuelos entre casi todos los países son constantes: desde los lugares importantes llegan a Madrid varios aviones diarios, que tardan en su recorrido *unas horas*; es decir, podrían llegar las cartas al día siguiente, a lo sumo a los dos días. Antes del deterioro a que me estoy refiriendo, las cartas de los Estados Unidos o de la Argentina, por ejemplo, tardaban normalmente tres días; algunas veces, cuatro; algunas, *dos* (en 1964 recibí en Nashville, en el estado de Tennessee, una carta de Soria con dos fechas; repárese en ello, no entre Madrid y Nueva York). Esto quería decir que se podía *contar con el correo*, que era un servicio que funcionaba y permitía la comunicación en plazos útiles y casi seguros.

Hoy es perfectamente usual recibir cartas de Europa o de América con diez, quince, veinte días de retraso. Cuando se dirigen a alguien que no es residente habitual sino transitorio, *no llegan*, y en el mejor de los casos son devueltas al remitente. ¿Cómo? Por barco, y esto significa invariablemente *varios meses*, a veces seis, en algunos casos mucho más (en julio de 1987 recibí un envío de México, en cuyo matasellos se podía leer: 19-XI-83). Casi para el *Guinness Book of Records*.

Una anomalía, que hace algún tiempo señalé en un artículo, es que mientras las cartas por avión se tratan como acabo de explicar, los periódicos o revistas llegan *mucho más pronto*. Recibo el aéreo de *La Nación* de Buenos Aires, expedido el lunes, el jueves o viernes; en los quioscos de la calle Florida de Buenos Aires se puede comprar el ABC del día anterior; las cartas pueden esperar un par de semanas. Hay una novedad, sin embargo: esa desigualdad se está corrigiendo: los periódicos llegan ahora *la semana siguiente*, y se van equiparando a las cartas.

El envío de libros es particularmente penoso. El franqueo por avión es costosísimo, por lo general muy superior al precio del libro. El envío por barco ha sido desde hace mucho tiempo precario; cuando había frecuentes barcos, se decía que los retrasos se debían a la «falta de sacas» —por lo visto insuperable—. Ahora son siempre muchos meses; imagínese lo que esto perturba la comunicación entre escritores, lo que disminuye la difusión de los libros en otros países, en especial entre los de lengua española.

EL CORREO INTERNACIONAL

LOS PERIÓDICOS Y REVISTAS

EL ENVÍO DE LIBROS

EL VOLUMEN DEL CORREO

¿Por qué ocurre así? La respuesta que suelen dar los responsables de los servicios postales es que ha aumentado enormemente el volumen del correo. Así es, pero también ha aumentado el personal, los aparatos más avanzados y, por supuesto, las tarifas. Estas son relativamente bajas para los impresos de poco peso, y ello hace que haya aumentado de manera abrumadora la publicidad comercial, que representa una porción anormal del volumen total, en perjuicio de las cartas.

No estoy seguro de que la mecanización y la electrónica hayan acelerado los servicios postales —como tantos otros—; sería iluminador un examen de las cosas que son hoy *más lentas* que hace unos decenios. Por otra parte, hay una especie de superstición del peso, que se justificaba cuando los aviones eran frágiles aparatos que admitían muy poca carga: de ahí los sobres y papel «por avión», los sobreportes para los envíos que rebasaban los cinco gramos, etc. Hoy el peso es secundario, y lo que cuenta es la clasificación y distribución, es decir, el *manejo* de la correspondencia, lo cual no se refleja ni en las tarifas ni en el tratamiento de los envíos.

Creo que la causa principal del descenso de la calidad y eficacia del correo es *humana* —la misma que explica muchos fenómenos inquietantes de nuestro mundo—. Los encargados del correo han solido tener la conciencia clara de que cumplían una misión importante y digna, cargada de responsabilidad. En España esto era notorio. El funcionario de Correos estaba persuadido del valor de lo que hacía, de sus consecuencias, de la obligación de realizar con perfección su trabajo. Recordé esto hace algunos meses, y recibí una conmovedora carta de un funcionario de Correos de ochenta y ocho años, que había estado en activo cuarenta y siete y escribía desde una residencia de jubilados; me agradecía que hubiera recordado lo que durante tanto tiempo fue ese servicio, y se veía que estaba lleno de nostalgia.

LA MORAL

La consideración meramente económica de los trabajos, sin tener para nada en cuenta su significación y sus repercusiones en la vida de los demás; la frecuente politización, que conduce a una manipulación interesada de personas que espontáneamente tendrían adhesión a su trabajo y a su función en la sociedad, todo eso mina la *moral* de tantos contemporáneos nuestros, y es el factor capital del descenso de calidad del mundo.

Poco después del establecimiento de la Monarquía y la Democracia en España, se pintaron los buzones de Madrid, que quedaron flamantes y decorativos. Hoy están casi todos vergonzosamente embadurnados con pintadas, casi todas políticas, algunas publicitarias. Pues bien, las *primeras* en mancillar los buzones decían: «Correos en lucha». Es decir, habían sido los propios encargados del correo los que se habían apresurado a ensuciar los instrumentos más visibles de su profesión, mostrando con ello el desprecio que sentían por ella, es decir, por una parte importante de sí mismos. Me pareció un síntoma evidente de una grave enfermedad social. Ya sé que esto lo habían realizado unos pocos. Pero ¿hubiera sido posible sin la pasividad de los demás? ¿No hubiera debido de haber una sanción moral inmediata? Por supuesto este tipo de

conductas es muy frecuente en diversos campos, y esto es lo que hace que sean tan graves.

¿Tiene verdadera importancia el deterioro del correo? Creo que sí, y mucho mayor de lo que usualmente se piensa. Ahora se sustituye con diferentes recursos: mensajeros, agencias privadas, telegramas, télex, teléfono. Casi todos estos medios son muy costosos, y quedan reservados a los privilegiados, o recargan los costes de los servicios. Obligan además, por lo general, a gestiones, avisos, etc., que no están al alcance de la mayoría; algo distinto del universal correo, siempre disponible para todos.

Pero además el correo tiene funciones insustituibles. La decisiva es el envío de *cartas privadas*. La comunicación entre personas que no residen en la misma ciudad, no digamos si viven en distintos países, ha sido desde hace siglos primariamente *postal*. Hay, por supuesto, las cartas de asuntos o negocios, el envío de contratos, documentos de cualquier tipo, cheques —a veces esperados con impaciencia, acaso con angustia—, colaboraciones; para esto el correo es indispensable.

Pero *sobre todo* las cartas personales: familiares, amistosas, amorosas. Han tenido siempre sus hilos entre las personas separadas por la distancia; han llevado noticias, problemas, quejas, confidencias, expresiones de afecto o de amor. Han permitido superar el aislamiento, la soledad; han hecho posible que hombres y mujeres se hablen en privado, sin testigos, sin que nadie oiga o lea lo que se dicen; y que se digan lo que no se dice de palabra, sino cuando cada uno, en soledad, *imagina* al otro, en una nueva forma de intimidad.

Se dirá que todo esto es posible aún y existe. Sí, pero muy precariamente. La inseguridad y tardanza del correo hace imposible lo que se llama una *correspondencia*, es decir, la continuidad de las cartas recibidas y contestadas. Lo mismo en los negocios que en la amistad o en el amor. Y no se olvide que la inmensa mayoría de los hombres y mujeres *no escriben más que cartas*. Es decir, que si dejan de escribirlas, *no escribirán*. Imagínese el retroceso cultural, lingüístico, literario, humano que esto significa. Ya había, desde hace bastante tiempo, una disminución del gusto y el talento de escribir cartas, sobre todo desde la generalización del teléfono. Pero es otra cosa: las cartas son insustituibles. Las cartas que no llegan, o que llegan fuera de tiempo, están comprometiendo una faceta importante de la vida humana.

FUNCIONES INSUSTITUIBLES

CORRESPONDENCIA